

que interviniera orden de la justicia para estas urgentísimas diligencias.

La efusion de sangre que padecia era copiosa, y me debilitaba por momentos: la basca anunciaba mi próxima muerte: toda la naturaleza humana se conmovia al dolor y al deseo de socorrerme á la presencia de mi cadavérico semblante; pero nadie se determinaba á impartirme los auxilios que le dictaba su caridad, ni aun á moverme de aquel sitio, hasta que quiso Dios que con la orden del juez llegó la camilla, y me condujeron á la cárcel.

Pusiéronme en la enfermería, y como era de noche, tardó en llegar el cirujano: y cuando vino, haciendo ponerme boca abajo, me introdujo la tintera, que me dolió mas que el puñal; me puso una vela en la herida para saber si el pulmon estaba roto é hizo no sé cuantas mas maniobras, y concluidas, ocurrió á restañarme la sangre, que le costó poco trabajo en virtud de la mucha que yo habia echado.

Despues me dieron atole ó no sé que otro confortativo semejante, declarando que la herida no era mortal.

Aquella noche la pasé como Dios quiso, y al dia siguiente me llevaron al hospital donde no extrañé ni la prolijidad del médico, ni la asistencia de la enfermería de la cárcel.

Allí en la cama dí mis declaraciones y disculpas, que acordadas con las de Luisa bastaron para ponerla en libertad con su marido.

A los veinte dias me dió por bueno el cirujano, y atendiendo los jueces á mis descargos, y al tiempo y dolencias que habia padecido, me pusieron en libertad, notificándome que jamás volviese á pasar por los umbrales de Luisa, lo que yo prometí cumplir de todo corazon, como que no era para menos el susto que habia llevado.

Cátenme vds. fuera del hospital, en la calle como siempre y sin medio en la bolsa; porque no sé si los serenos, los enfermeros de la cárcel ó los del hospital me hicieron el favor de ro-

barme los pocos que me sobraron de la venta de mi chupa, aunque algunos de ellos fueron sin duda.

Fuera del hospital traté siempre de buscar destino que si quiera me diera que comer. Por accidente se me puso en la cabeza entrar á misa en la parroquia de S. Miguel.

La oí con mucha devocion, y al salir de ella encontré en la puerta de la iglesia á un antiguo conocido, con quien comuniqué mis trabajos. Este me dijo que era el sacristan de allí y necesitaba un ayudante, que si yo queria, me acomodaria en su servicio. En la hora, le dije; pero me has de dar de almorzar, que tengo mucha hambre.

El pobre lo hizo así: me quedé con él, y cátenme aquí ya de aprendiz de sacristan.

## CAPITULO VIII.

En el que se refiere como Periquillo se metió á sacristan: la aventura que le pasó con un cadáver: su ingreso en la cofradia de los mendigos y otras cosas tan ciertas como curiosas.

**E**n todos los hombres dieran al público sus vidas escritas con la sencillez y exactitud que yo, apareceria una multitud de Periquillos en el mundo, cuyos altos y bajos, favorables y adversas aventuras se nos esconden porque cada uno procura ocultarnos sus deslices.

Los pasages de mi vida que os he referido y los que me faltan que escribir, nada tienen, hijos míos, de violentos, raros ni fabulosos; son bastante naturales, comunes y ciertos. No solo por mí han pasado, sino que los mas de ellos acaso acontecen diariamente á los Pericos encubiertos y vergonzantes. Yo solo os ruego lo que otras veces, esto es, que no leais mi vida por un mero pasatiempo; sino que de entre mis extravios, acaecimientos ridículos, largas digresiones, y lances burlescos procureis aprovechar las máximas de la sólida moral que van sembra-

das: imitando la virtud donde la conocieris, huyendo el vicio, y escarmentando siempre en las cabezas de los malos castigados. Esto será saber entresacar el grano de la paja, y de este modo leereis no solo con gusto sino con fruto el presente capítulo y los que siguen.

Acomodado de sota-sacristan con un corto salario y un escaso plato que me proporcionó mi patron, comencé á servirle en cuanto me mandaba.

No me fué difícil agradarle, porque un muchacho de doce años hijo de él, me aleccionó no solo en mis obligaciones, sino en el modo de tener mis percances; y así pronto aprendí á esconder las chorreaduras de las velas y aun cabos enteros para venderlos: á sisar el vino á los padres: á importunar á los novios y á los padrinos de bautismos para que me diesen las propinas, y á hacer mayores estafas y robillos de los que no formaba el menor escrúpulo.

En poco tiempo fuí maestro, y ya mi gefe se descuidaba conmigo enteramente. Una virtud y un defecto mas que llevé al oficio, se me olvidaron á poco tiempo de aprendiz.

La virtud era un aparente respeto que conservaba á las imágenes y cosas sagradas, y el defecto era el mucho miedo que tenia á los muertos; pero todo se acabó. Al principio cuando pasaba por delante del sagrario hincaba ambas rodillas, y cuando me levantaba de noche á atizar la lámpara temblaba de miedo, y hasta mi sombra y el ruido de los gatos se me figuraban difuntos que se levantaban de sus sepulcros. Pero despues me hice tan irreverente, que cuando pasaba por frente del tabernáculo me contentaba, cuando mas, con dar un brinquito á modo de indio danzante, y llegaba con mi sacrilega osadía hasta pararme sobre el Ara.

Así como al agosto Sacramento, á las imágenes, vasos, y paramentos sagrados les perdí el respeto con el trato, así les perdí el miedo á los muertos despues que los empecé á manejar con confianza para echarlos á la sepultura.

Mi compañero el aprendiz me sirvió de mucho, porque cuando yo entré al oficio, ya él tenia adelantado bastante, y así me hizo atrevido é irreverente: bien que yo en recompensa lo enseñé á robar de un modo ó dos que no habian llegado á su noticia.

El primero fué el de quedarse con un tanto á proporcion de lo que colectaba para misas: y el segundo, á despojar á los muertos y muertas que no iban de mal pelage á la hoya.

Una noche por estas gracias me sucedió una aventura que si no me costó la vida, por lo menos me costó el empleo.

Fué el caso, que sepultando una tarde yo y mi compañero el muchacho á una señora rica que habia muerto derrepente, al meterla en el cajon advertí que le relumbraba una mano que se le medio salió de la manga de la mortaja. Al instante y con todo disimulo se la metí, echándole encima un tompiate de cal segun es costumbre. Mientras que los acompañados gorgoriteaban y el coro les ayudaba con la música, tuve lugar de decirle al compañero: camarada, no aprietes mucho que tenemos despojos y buenos. Con esto dando propiamente un martillazo en el clavo y ciento en el cajon, encerramos á la difunta en el sepulcro, cuidando tambien de no amontonar mucha tierra encima para que nos fuera mas fácil la exhumacion. El entierro se concluyó, y los dolientes y mirones se fueron á sus casas creyendo que quedaba tan enterrado el cadáver como el que mas.

Luego que me quedé solo con el sacristancillo, le dije lo que habia observado en la mano de la muerta, y que no podia menos ser un buen cintillo que por un grosero descuido ú otra casualidad imprevista se le hubiese quedado.

El muchacho parece que lo dudaba, pues me decia: cuando no sea cintillo, ella es muerta rica, y á lo menos ha de tener rosario y buena ropa; y así no debemos perder esta fortuna que se nos ha metido por las puertas, y mas teniendo ahorrado el

trabajo de desclavar el cajon, pues los clavos apenas agugerrían la tapa. Ello es que no es de perderse esta ocasion.

Resueltos de esta manera, esperamos que diesen las doce de la noche, hora en que el sacristan mayor dormia en lo mas profundo de su sueño, y prevenidos de una vela encendida bajamos á la iglesia.

Comenzamos á trabajar en la maniobra de sacar tierra hasta que descubrimos el cajon, el que sacamos y desclavamos con gran tiento.

Levantada la tapa, sacamos fuera el cadáver y lo paramos, arrojándose mi compañero con él al altar inmediato, teniéndolo de las espaldas sobre su pecho con mil trabajos, porque no podia ser de otro modo el dospojo, en virtud de que el cuerpo habia adquirido una rigidez ó tiesura extraordinaria.

En esta disposicion acudí yo á las manos, que para mí era lo mas interesante. Saqué la derecha, y ví que tenia en efecto un muy regular cintillo, el que me costó muchas gotas de sudor para sacarlo, ya por no sé que temor que jamás me faltaba en estas ocasiones, y ya por las fuerzas que hacia, tanto para ayudársela á tener al compañero, como para sacarle el cintillo, porque tenia la mano casi cerrada y los dedos medio hinchados y muy encogidos; pero ello es que al fin me ví con él en mi mano.

Pasamos á registrar y ver el estado de la demás ropa, y observé que el compañero no se equivocó en haberla creído buena, porque la camisa era muy fina, las enaguas blancas lo mismo: tenia las de encima casi nuevas de fino cabo de China, un ceñidor de seda, un pañuelo de cambray, un rosario con su medalla que me quedé sin saber de qué era, y sus buenas medias de seda.

Todo eso es plata, me decia mi camarada; pero cómo haremos para desnudarla, porque este diablo de muerta está mas tiesa que un palo?

No te apures, le dije, cójele los brazos y ábrese los, teniéndola en cruz, mientras que yo le desato el ceñidor que debe ser la primera diligencia.

Así lo hizo el compañero con harto trabajo, porque los nervios de los brazos apetecian recobrar el primer estado en que los dejó la muerte.

La difunta era medio vieja y tenia una cara respetable: nuestro atrevimiento era punible: la soledad y obscuridad del templo nos llenaba de pavor, y así procurábamos apresurar el mal paso cuanto nos era dable.

Para esto me afanaba en desatar el ceñidor que estaba anudado por detrás, pero tan ciegameamente que por mas que hacia no podia desatarlo. Entonces le dije al compañero que yo le sujetaria los brazos, mientras que él lo desataba como que estaba mas cómodo.

Así se determinó hacer de comun acuerdo. Le afané los brazos, levantó mi compañero la mortaja y comenzó á procurar desatarla; pero no conseguia nada por la misma razon que yo.

En prosecucion de su diligencia se cargaba sobre el cadáver, y yo lo apretaba contra él porque ya me lo echaba encima, y como yo estaba abajo de la tarima me vencia la superioridad del peso, que es decir que teniamos al cadáver en prensa.

Tanto hizo mi compañero, y tanto apretamos á la pobre muerta, que le echamos fuera un poco de aire que se le habria quedado en el estómago: esto conjeturo ahora que seria; pero en aquel instante y en lo mas rigoroso de los apretones solo atendimos á que la muerta se quejó y me hechó un tufo tan asqueroso en las narices, que aturdido con él y con el susto del quejido, me descoyunté todo y le solté los brazos que recobrando el estado que tenian, se cruzaron sobre mi pescuezo á tiempo que un maldito gato saltó sobre el altar y tiró la ve-

la dejándonos atentos á la triste y opaca luz de la lámpara.

Excusado parece decir que con tantas casualidades, viniéndose el cuerpo sobre mí, y acobardándome imponderablemente, caí privado bajo del amortajado peso á las orillas de su misma sepultura.

El cuitado ayudante cuando oyó quejar á la señora muerta, vió que me abrazaba y caía sobre mí y al feroz gato saltando junto de él, creyó que nos llevaban los diablos en castigo de nuestro atrevimiento, y sin tener aliento para ver el fin de la escena, cayó tambien sin habla por su lado.

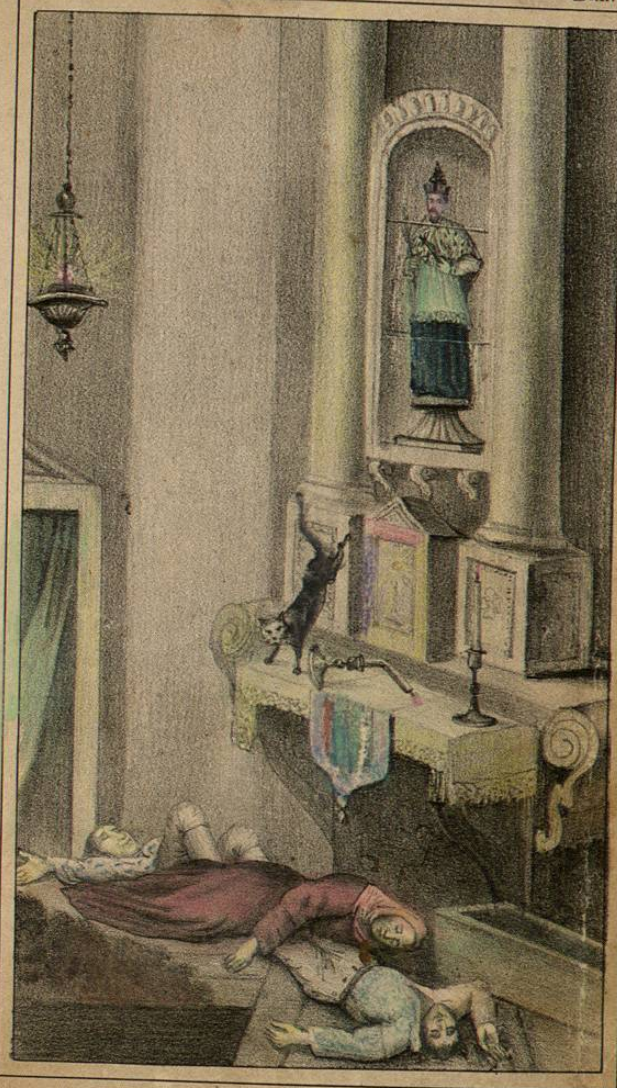
El susto no fué tan trivial que nos diera lugar á recobrar-nos prontamente. Permanecemos sin sentido tirados junto á la muerta hasta las cuatro de la mañana, hora en que levantándose el sacristan y no encontrándonos en su cuarto, creyó que estaríamos en la sacristia previniendo los ornamentos para que dijera misa el señor cura que era madrugador.

Con este pensamiento se dirigió á la sacristia, y no hallándonos en ella, fué á buscarnos á la iglesia. ¡Pero cuál fué su sorpresa cuando vió el sepulcro abierto, la difunta exhumada y tirada en el suelo acompañada de nosotros que no dábamos señales de estar vivos! No pudo menos sino dar parte del suceso al señor cura, quien luego que nos vió en la referida situacion, hizo que bajaran sus mozos y nos llevaran adentro procediendo en el momento á sepultar el cadáver otra vez.

Hecha esta diligencia, trató de que nos curaran y reanimaran con álcalis, ventosas, ligaduras, lana quemada, y cuanto conjeturó seria útil en semejante lance.

Con tantos auxilios nos recobramos del desmayo y tomamos cada uno un posillo de chocolate del mismo cura, el que luego que nos vió fuera de riesgo nos preguntó la causa de lo que habíamos padecido, y de lo que habia visto.

Yo, advirtiendo que el hecho era innegable, confesé ingenuamente todo lo ocurrido, presentándole al cura el cintillo



quien luego que oyó nuestra relacion, tuvo que hacer bastante para contener la risa; pero acordándose que era él responsable de estos desaciertos, encargó el castigo de mi compañero á su padre, y á mí me dijo que me mudara en el día, agradeciéndole mucho que no nos enviara á la cárcel, donde me aplicarían la pena que señalan las leyes contra los que quebrantan los sepulcros, desentierran los cadáveres, y les roban hábitos, alhajas ú otra cosa.

Esta pena, decia el cura, sepa vd. para que otra vez no incurra en igual delito, es que si las sepulturas se quebrantan con fuerza de armas, tienen los infractores pena de muerte; y si es sin ellas clandestinamente, como ahora, deben ser condenados á las labores del rey.

Pero yo que caritativamente quiero excusarlo de esta pena, no puedo mantenerlo en mi curato; porque quien se atreve á un cadáver por robarle un cintillo, con mas facilidad se atreverá á despojar una imágen ó un altar mañana que otro día. Conque váyase vd. y no lo vuelva á ver en mi parroquia. Diciendo esto, se retiró el cura: á mi compañero le dió su padre una buena zurra de latigazos, y yo me marché para la calle antes que otra cosa sucediera.

Volví á tomar mi acostumbrado trote en estas aventuras desventuradas. Los truquitos, las calles, las pulquerías y los mesones eran mis asilos ordinarios, y no tenia mejores amigos ni camaradas que tahures, borrachos, ociosos, ladroncillos y todo género de *léperos*, pues ellos me solian proporcionar algun bocado frio, harta bebida y ruines posadas.

Cuatro meses permanecí de sacristan haciendo mis estafillas con las cuales mas que con mi ratero salario, compré tal cual miserable trapillo que dí al traste á los quince días de mi expulsion.

Me acuerdo que un dia no teniendo que comer encontré á un amigo frente de la Catedral por el portal de las Flores, y

pidiéndole medio real para el efecto me dijo: no tengo blanca, estoy en la misma que tú, y queria que me llevaras á almorzar á la Alcaiceria, que segun he oido á la vieja bodegonera allá te tiene cuanto há guardados dos ó tres reales. En verdad que así es, le dije; pero con el gusto de mis bonanzas se me habian olvidado. Me admiro mucho de la buena conciencia de la bodegonera; si otra fuera, ya eso estaba perdido.

En esto nos fuimos á comer como pudimos, y concluida la comida se fué mi amigo por su lado y yo por el mio á seguir experimentando mis trabajos como antes.

Ya hecho un piltro, sucio, flaco, descolorido y enfermo en fuerza de la mala vida que pasaba, me hice amigo de un andrajoso como yo, á quien contándole mis desgracias, y que no me habia valido ni acogerme á la iglesia, como si hubiera sido el delincuente mas alevoso del mundo, me dijo: que él tenia un arbitrio que darme, que cuando no me proporcionara riquezas, á lo menos me daria de comer sin trabajar: que era fácil y no costaba nada emprenderlo: que algunos amigos suyos vivian de él: que yo estaba en el estado de abrazarlo, y que si queria, no me arrepentiria en ningun tiempo.

Pues ¿no he de querer, le respondí, si ya estoy que ladro de hambre y los piojos me comen vivo? Pues bien, dijo el deshilachado: vamos á casa, que á las nueve van llegando mis discípulos, y despues que cene vd. oirá las lecciones que les doy, y los adelantamientos de mis alumnos.

Así lo hice. Llegamos á las ocho de la noche á la casita que era un cuarto de casa de atoleras por allá por el barrio de Necatitlan, muy indecente, sucio y hediondo. Allí no habia sino un braserito de barro que llaman anafe, cuatro ó seis petates enrollados y arrimados á la pared, un escaño ó banco de palo, una estampa de no sé que santo en una de las paredes con una repisa de tejamanil, dos ó tres cajetes con orines, un

banquito de zapatero, muchas muletas en un rincón, algunos tompiates y porcion de ollitas por otro, una tabla con parches, aceites y unguentos y otras iguales baratijas.

De que yo fuí mirando la casa y el fatal ajuar de ella, comencé á desconfiar de la seguridad del proyecto que acababa de indicar el traposo, y él conjeturando mi desconfianza por la mala cara que estaba poniendo, me dijo: señor Perico, yo sé lo que le vendo. Esta vivienda tan ruin, estos petates y muebles que ve, no son tan despreciables ó inservibles como á vd. le parecen. Todo esto ayuda para el proyecto, porque.... A este tiempo fueron llegando de uno en uno y de dos en dos, hasta ocho ó nueve vagabundos, todos rotos, sucios, emparchados y dados al diablo; pero lo que mas me admiró fué ver que conforme iban entrando arrimaban unos sus muletas á un rincón y andaban muy bien con sus dos piés: otros se quitaban los parches que manifestaban, y quedaban con su cutis limpio y sano: otros se quitaban unas grandes y pobladas barbas y cabelleras canas con las que me habian parecido viejos, y quedaban de una edad regular: otros se enderezaban ó descorbaban al entrar, y todos dejaban en la puerta del cuartito sus enfermedades y males, y aparecian los hombres y aun una muger que entró, muy útiles para tomar un fusil, y ella para moler un almud de maiz en un metate.

Entonces, lleno de la mas justa admiracion, le dije á mi desastrado amigo: ¿qué es esto? ¿Es vd. algun santo cuya sola presencia obra los milagros que yo veo, pues aquí todos llegan cojos, ciegos, mancos, tullidos, leprosos, decrepitos y lisiados; y apenas pisan los umbrales de esta asquerosa habitacion, cuando se ven no solo restituidos á su antigua salud, sino hasta remozados, maravilla que no la he oido predicar de los santos mas ponderados en milagros?

Rióse el despilfarrado con tantas ganas, que cada extremo de su abierta boca besaba la punta de sus orejas. Sus compa-

fieros le hacian el bajo del mismo modo, y cuando descansaron un poco, me dijo el susodicho: amigo, ni yo ni mis compañeros somos santos ni nos hemos juntado con quien lo sea, y esto crealo vd. sin que lo juremos. Estos milagros que á vd. pasan no los hacemos nosotros, sino los fieles cristianos, á cuya caridad nos atenemos para enfermar por las mañanas y sanar á la noche de todas nuestras dolencias. De manera, que si los fieles no fueran tan piadosos, nosotros ni nos enfermariamos ni sanariamos con tanta facilidad.

Pues ahora estoy mas en ayunas que antes, y deseo con mas ansias saber como se obran tantos prodigios, y como se pueden verificar en virtud de la piedad de los cristianos: y deseaba, añadí, que vd. me hiciera favor de no dejarme con la duda.

Pues amigo, me contestó el roto, á bien que es vd. de confianza y le importa guardar el secreto. Nosotros ni somos ciegos, ni cojos, ni corcovados como parecemos en las calles. Somos unos pobres mendigos que echando relaciones, multiplicando plegarias, llorando desdichas, y porfiando y moliendo á todo el mundo, sacamos mendrugo al fin. Comemos, bebemos (y no agua), jugamos, y algunos mantenemos nuestras *pichicuaracas* \* como Anita. (Esta Anita era la trapientona rolliza y no muy fea que acababa de entrar con un chiquillo en brazos, amasia † del patron ó del mendigo mayor, que era quien me hablaba.) El modo es, proseguia el desastrado, fingirse ciegos, baldados, cojos, leprosos y desdichados de todos modos; llorar, pedir, rogar, echar relaciones, decir en las calles blasfemias y desatinos, é importunar al que se presente de cuantas maneras se pueda, á fin de sacar raja como lo hacemos.

Ya tiene vd. aquí todo lo milagroso del oficio y el gran pro-

\* Con este nombre suele designarse la amiga, ó muger con quien se vive en amistad ilícita.—E.

† Lo mismo que manceba, amiga ó barragana.—E.

yecto que le ofreci para no morir de hambre. Ello es menester no ser tontos, porque el tonto para nada es bueno, ni para bien ni para mal. Si vd. sabe valerse de mis consejos comerá, beberá y hará lo que quiera, segun sea su habilidad, pues la paga será como su trabajo; pero si es tonto, vergonzoso ó cobarde, no tendrá nada.

Estos que vd. ve, á mí me deben sus adelantos; pero saben hacer su diligencia. Ahora lo verá vd.

En esto fueron todos dando sus cuentas en clase de conversacion, de lo que habian buscado en el dia, y cada uno enseñó sus ollitas y tompiates llenos de mendrugos y sobras de los platos ajenos, á mas de algunos realillos que habian juntado.

Llegó á lo último la dicha Anita, y solo presentó cinco reales, diciendo: como este diablo de muchacho está curtido, apenas he comido hoy y he juntado esto poco; pero mañana me la pagará.

Admirado yo con esta relacion, traté de informarme de raiz cómo podia contribuir aquel tierno niño al oficio de los mendigos, y supe con el mayor dolor, que aquella indigna madre y desapiadada muger pellizcaba al pobre inocente cuando pedia limosna, á fin de conmovier á los fieles y excitar su caridad con la vehemencia de sus gritos.

No me escandalicé poco con semejante inhumanidad; pero advirtiendo lo fácil y socorrido del oficio, disimulé cuanto pude, y me decidí á entrar de aprendiz desde aquella hora.

Era cosa célebre oír contar á aquellos tunantes los arbitrios de que se valian para sacar los medios de las faltriqueras mas estreñidas. Unos decian que se fingian ciegos, otros insultados, otros asimplados, otros leprosos y todos muertos de hambre.

Mi amigo el gefe ó maestro de la cuadrilla me dijo: ¿pues ve vd.? Yo soy quien les he dictado á cada uno de estos pobres el modo con que han de buscar la vida, y por cierto que nin-